

CATÁBISIS

Carlos María Romero Sosa

A Osvaldo Bayer, *in memoriam*

Hilda Bernasconi solía ir a tomar sol los días feriados al Parque Las Heras próximo a su casa, con lo que se ahorra la molestia del viaje a las playitas de la Costanera tan lleno de dificultades por la escasez de transporte público hacia allí. Buenos Aires siempre estuvo de espaldas a su río inmóvil y Puerto Madero, con su puro río de plástico, es apenas o casi nada Buenos Aires, dictaminaba su amiga socióloga con la que solía concurrir a bailar los sábados y que veía en las torres poco habitadas del emprendimiento urbanístico pergeñado por el menemismo, aguantaderos propicios para el lavado de dinero.

En los feriados le bastaba a Hilda Bernasconi levantarse tan temprano como cuando debía cumplir las largas jornadas laborales en el Hospital Fernández y después del desayuno, llenar el bolso con el estuche del protector solar, la radio, una toalla, la colchoneta, una botella de agua mineral y caminar unas pocas cuadras hasta ese amplio espacio verde entre Recoleta y Palermo, en el antiguo emplazamiento de la Penitenciaría Nacional que hizo demoler el presidente Frondizi a principios de los años sesenta.

Aquel inicial día de febrero de 2011 buscó el sitio que rutinariamente solía ocupar, cercano a un árbol para cuando quisiera ponerse a la sombra. Era una jornada radiante y apenas en las proximidades quedaban en algunos charcos barrocos, rastros de la tormenta de la tarde anterior. Extendió la colchoneta sobre el césped que encontró más verde que nunca y se quitó la remera y después el short. Cerca un grupo de chicas tomaban mate y reían. Por los senderos los habituales mirones de tantas mujeres en traje de baño rendidas a los rayos, lentificaban el paso. Ella se tendió con la radio encendida y cerró los ojos.

Al rato advirtió que alguien estaba inmóvil detrás. Algo nerviosa cambió la posición, de frente a la de espalda para poder mirar de reojo al tiempo que se daba vuelta, de quién se trataba. Pero notó con esa contrariedad que suelen tener las mujeres atractivas al no sentirse admiradas, la silueta de un hombre que

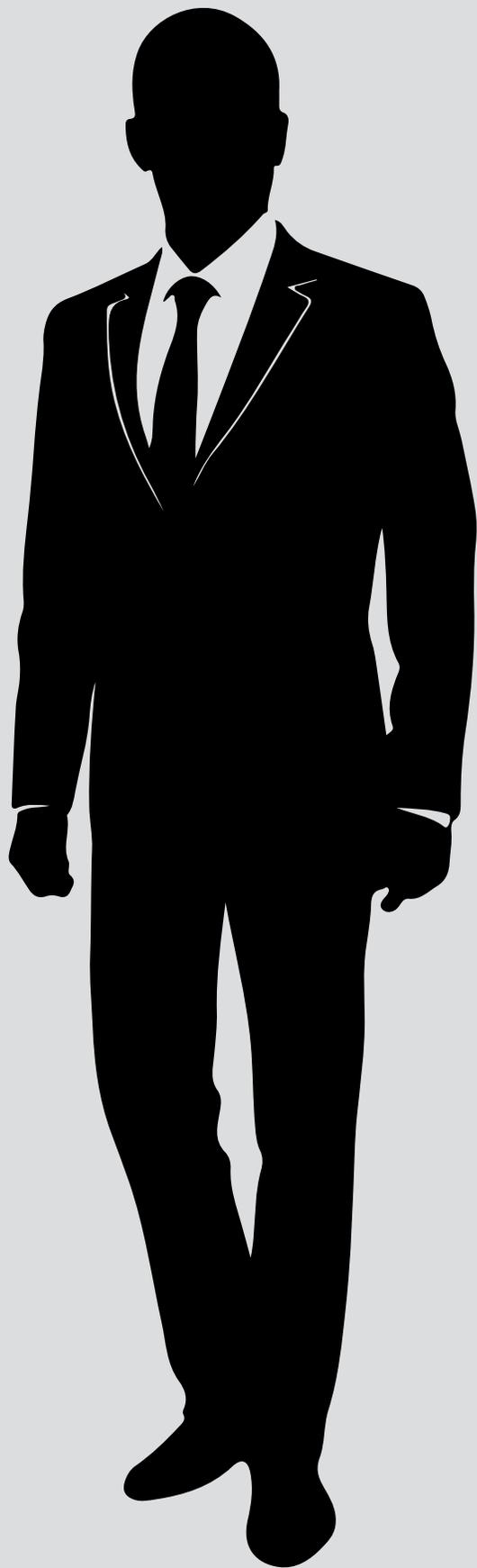
fijaba la vista no en ella sino en la distancia, como en busca o en persecución de alguien por lo apretado de sus mandíbulas y su cara de pocos amigos.

—Ya se irá—, se dijo, mientras las risotadas de las vecinas casi tapaban la música de la emisora FM y la silueta no se movía.

—Estar con saco y corbata con este calor—, juzgó mentalmente. Con sigilo advirtió en la cara del extraño los labios y las mejillas de un subido color rojo. Entonces la figura dio un paso hacia adelante y seguro de hallar a quien parecía estar buscando con la vista, avanzó desafiante pocos metros más. Ella ligeramente intrigada, se sentó con las piernas cruzadas sobre la colchoneta mientras en la radio Víctor Heredia cantaba “El viejo Matías”. En eso, otro hombre, se le antojó a Hilda Bernasconi que absurdamente elegante para el lugar, la estación del año, la hora y sobre todo la cada vez más informal moda de la tercera década siglo XXI, se enderezó de un salto desde el banco que ocupaba al descubrir la proximidad amenazante del primer personaje. Un rayo de sol brilló sobre sus zapatos lustrados que como un mensaje de luces lo habían delatado ante la figura de los labios y las mejillas de un subido color rojo. Hilda Bernasconi observó que si bien junto a él también quedaban algunos charcos de la tormenta de la víspera, su calzado como de charol no estaba embarrado y el reflejo lastimaba los ojos.

Había sido de tal fuerza y potencia aquel brinco al suelo desde el banco de granito, tanto el peso en cuerpo y alma, en memoria y desmemoria, en pecados mortales y reproches humanos depositados como carga sobre el anacrónico elegante, que en un instante se abrió la tierra barrosa igual que si hubiera caído un meteorito en el terreno o si una porción de materia concentrada de agujero negro lo modificara todo, hasta el eje de rotación del planeta. Y el autor de la defensiva proeza comenzó a hundirse.

Hilda Bernasconi había escuchado en el campo de su Entre Ríos natal cuentos de pozos ciegos que tragan personas y en una excursión desde Cancún a Chichén Itzá el guía les habló de los cenotes sagrados. Horrorizada, prefirió imaginar en ese terreno convertido en solarío



por los vecinos un menos esotérico pozo ciego, mientras gritaba pidiendo ayuda. Pero su radio enloquecida elevaba y elevaba el volumen hasta lo inverosímil y el coro de las chicas era cada vez más fuerte. ¡Cómo es que nadie advertía ese accidente mortal que ocurría ante sus ojos!

—¡Un pozo ciego! ¡Socorro!—, repetía con voz cada vez más ahogada, sin saber que en realidad se trataba del aflorar de un resto del túnel que los internos de la cárcel habían construido hacia 1923 y por donde 14 de ellos escaparon ese año. En tanto el otro hombre, el de los labios y las mejillas de un subido color rojo, llegó hasta el borde de la tierra agrietada y en vez de tratar de socorrer a la víctima, con la mano le hizo una señal a leerse como de amenaza y despedida antes de desaparecer también.

Los días siguientes, Hilda Bernasconi revisó los diarios y se prendió a los noticieros en busca de comentarios sobre el accidente del que quedó tan aterrada y hasta culpable por no haber podido hacer algo más efectivo que gritar sin hallar respuesta.

Por cierto, nunca más fue a tomar sol al Parque Las Heras. Aunque no cabía en su imaginación representarse el carácter de perseguidor y de perseguido en que seguían y seguirán por toda la eternidad actuando las dos sombras debajo de ese césped que ella encontró aquella mañana más verde que nunca. (La muerte suele invertir los roles como en la parábola del rico epulón y el mendigo Lázaro relatada en Lucas 16: 19, 31).

Tampoco podía sospechar que al fantasma que tuvo por unos momentos a sus espaldas, lo guiaba en la oscuridad de ese inframundo porteño el brillo de unos zapatos lustrados. Esa prenda delatora que el elegante asumió al fin como su infierno particular y que bien podría haber incorporado el mismísimo poeta de la “Commedia” para los que escudándose en privilegios se sienten al amparo de la reparación —o la venganza— por mano de sus víctimas. Si, su infierno habrá de ser el calzado de baile con el que un día primero de febrero de 1931 concurrió en calidad de alto funcionario de la dictadura de Uriburu a presenciar, tan ejecutor o más, mucho más que el jefe del pelotón, un fusilamiento ocurrido detrás de los muros de la vieja y demolida Penitenciaría Nacional. ☞

Carlos María Romero Sosa (Buenos Aires, 1951). Ensayista y crítico literario argentino, viene ejerciendo el periodismo cultural en su patria y otros países de América desde su primera juventud. Becado por el Instituto Argentino de Cultura Hispánica cursó estudios de posgrado de filología española en la Universidad Complutense de Madrid, entre los años 1979 y 1980. Es autor de veinte libros de poesía y prosa y de numerosos opúsculos. Ha pronunciado conferencias en la Argentina, España y la República Dominicana, a cuya Feria Internacional del Libro fue invitado en varias oportunidades por el gobierno de ese país. Es abogado y ejerce la docencia superior y universitaria, esta última como docente de Filosofía del Derecho.